

discípulos: «Hijos míos, cuando sintais la lucha de la naturaleza y de la gracia agitarse en vuestros corazones con el recuerdo de lo que habeis dejado, y se levante en vuestro corazón la tentación de dejar la casa de los pobres, y de renunciar á vuestra vocación y al sacrificio de la caridad, corred á la sagrada mesa, comulgad, y recobraréis la paz. Tres veces repite esta palabra: Comunión, Comunión, Comunión; y concluye diciendo: «Cuando vereis y tendreis á Dios, que se da á vosotros por amor, permaneceréis fieles al lado de los pobres, consagrándoos á su servicio por caridad (1).» ¡Qué sublimidad! ¡Qué heroísmo! Solo la Comunión lo inspira y lo mantiene. Quitad al hombre cristiano la Comunión, y quedará sin fuerzas, como Sansón cuando le fué cortado el cabello. ¿Quién sostiene al misionero y á la Hermana de la caridad, sino la comunicación con Cristo? ¿Quién les inspira el sacrificio de su familia, de su juventud y de su vida? ¿Quién da valor á esas débiles vírgenes para correr al campo de batalla, y allí, entre el pavoroso estruendo de la artillería y los horrores del combate, permanecer tranquilas esperando á las víctimas de las pasiones humanas para curar sus heridas, y en su muerte mostrarles el cielo? Solo la Comunión, Señores, solo Jesús Sacramentado, que las eleva sobre la debilidad del sexo y las miserias de la naturaleza. Así lo han comprendido hasta los mismos paganos. En un edicto del bárbaro perseguidor de los cristianos en la Cochinchina, que en los años de 1832 á 1841 reprodujo, y aun llevó más allá, los horrores que los Césares Romanos hicieron presenciar á los primeros siglos de la Iglesia, se leía esta instrucción dada á sus ministros: «Cuidad, sobre todo,

(1) Véanse las constituciones y pláticas familiares del Santo.

cuando os apodereis de los predicadores de la religión extranjera, y los tengais en la cárcel, cuidad, repito, de que no puedan alimentarse de ese pan encantado, que les da toda su fortaleza, y les hace invencibles en el martirio, en presencia de un pueblo que los admira porque mueren con tanto valor (1).» ¡Qué confesión, hermanos míos! ¡Qué documento en favor de los efectos admirables de la sagrada Comunión! Lo que en él se dice del heroísmo de los mártires de la fe, se dice también del heroísmo de los mártires de la caridad. El segundo martirio es el preludio del primero; este es el término de aquel.

La Eucaristía es todavía más, bajo este punto de vista: es la recompensa de la caridad. David exclamaba un día: «¿Qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de ti, Dios mío, sobre la tierra?» Y responde él mismo: «El Dios de mi corazón, Dios, mi herencia para la eternidad (2).» David preludiva la sublime aspiración del hombre de la caridad, á quien Dios ofrece un premio. El ángel de las Escuelas, el incomparable Tomás de Aquino, oyó un día también la voz de Jesús que le decía: «Bien has escrito de mí, Tomás; ¿qué premio quieres recibir por tu trabajo?» Y aquel hombre, lleno de fe y de amor, respondió prontamente: «Ninguna otra cosa sino á ti mismo, Señor, Dios mío (3).» Y en verdad, ¿qué puede satisfacer al hombre que conoce á Dios y que le ama, sino Dios mismo? «No me saciaría, exclama San Agustín, si él mismo no se me ofreciera por premio (4).»

(1) Historia de las Misiones. Edictos de Minh-Manh de 1832, y ley de enero de 1836.

(2) Psalm. LXXII, 25, 26.

(3) In lect. 2 Nocturni Offic. ejusd. Sancti.

(4) Omnino me non satiaret Deus, nisi promitteret se ipsum Deum. (S. Aug., Serm. 158 in Epist. ad Rom., cap. 4.)

«Todo lo miro como heno y basura, exclamaba el Apóstol, á trueque de lucrar á Cristo (1).» Esto solo pide, esto solo desea el hombre que por la caridad se sacrifica. No quiero, dice, otra cosa sino á ti, Dios mio. A ti en la tierra dentro de mi corazon, á ti en el cielo para eternamente abismarme en tu gloria. El hombre que lo sacrifica todo por la caridad, no puede anhelar por premio lo mismo que sacrifica; más altas son sus miras, más noble su ambicion, el Infinito; este es su objeto. Lo que no es él, es nada para quien lo renuncia todo por asemejarse á él, por unirse á él.

Dios lo dice: Yo seré tu recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis* (2). Vendré á tu corazon, y lo llenaré de mis delicias, te introduciré en mi gloria, y te colmaré de felicidad. Venid, amigos, venid; comed y embriagaos (3). El héroe de la caridad llega fatigado y sediento por el sacrificio, come, bebe, y exclama con la enamorada de los místicos Cantares: «Me he sentado á la sombra del que ama mi alma, y su fruto es dulce á mi garganta (4).» Allí se rejuvenece, olvida sus fatigas, y adquiere nuevas fuerzas para continuarlas con mayores bríos. No habéis á ese hombre de honores, no le presentéis riquezas, no le deis títulos pomposos; todo lo desprecia; y si algo acepta, es solo para tener más que sacrificar, empleándolo en auxilio de su caridad. Con el Serafin de Asís oireis que exclama: «Mi Dios es mi todo, soy feliz con él.»

Ved la obra de la Sagrada Eucaristía: contempladla, admiradla y tomad parte en ella. Por este medio, el Ca-

(1) Philip. III, 8.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Prov. IX, 4.

(4) Cant. Cantic., II, 3.

tolicismo labra la felicidad de todos, une y enlaza á los hombres, y les enseña á sacrificarse por caridad. El modelo que presenta es Dios, Jesucristo, Dios unido á la humanidad, Dios-hombre sacrificado por los hombres. El premio que ofrece es Dios, el Infinito, por la comunión en la tierra, por la participación de su gloria en el cielo. Los sistemas anticatólicos enseñan y hacen lo contrario. Lejos de acercar á los hombres para que se unan, los alejan fomentando la discordia. Tienen la fraternidad en los labios, pero quieren exigirla por la fuerza, y con ello solo consiguen arraigar el odio en los corazones, perpetuándolo antes y después de la lucha. Proclaman la unión de todas las clases, pero la imposibilitan armándolas unas contra otras. Predican la extinción de la miseria y el dolor, y no hacen sino multiplicar uno y otro por todas partes. Es que tienen el egoísmo por base, los goces materiales por término. No dando al hombre más felicidad que la de la tierra, cierran el corazon de los que poseen para no perder lo que aman, y precipitan en el abismo de la desesperación al pobre, que no alcanza lo que le hacen ver y desear como término único de su felicidad. No teniendo el pobre se irrita, porque se siente con tanto deseo de ser feliz como los demás, y se cree con el mismo derecho; y viéndose como Tántalo condenado al tormento de mirar cómo otros abundan en lo que se le dice que constituye la felicidad, mientras él carece y sufre, una fiebre devoradora se apodera de su corazon, y le arrastra á levantarse contra los privilegiados del mundo, no ya para que le cedan una parte, sino para arrebatárselo todo, y cambiando la suerte, ser él feliz y gozarse en la miseria de los ricos. Estos resultados dan las doctrinas anticatólicas; secan el corazon del rico, y excitan la avaricia y el odio en el corazon del pobre.

La felicidad en la tierra nunca la han tenido ni es

posible que la tengan todos. Como que no es el término señalado al hombre por el Criador, es muy limitada, y no puede satisfacer y apagar la sed de todos. Si los pocos que la poseen no se ven saciados, ¿cómo se saciarían todos subdividiéndola? La envidia, el odio, el crimen, son los medios con que se quiere su conquista; ¿cómo fundar en ellos la felicidad?

Donde esos sistemas logran introducirse, y, quitando al hombre la idea y la esperanza del cielo, se predica la cruzada para la conquista de los goces materiales, que nunca tendrán todos, porque la Providencia y la naturaleza lo repugnan, rómpense los lazos con que el Catolicismo une al rico y al pobre, al hermano primogénito y al hermano menor, al que posee y goza y al que carece y sufre; y al romperse dejan desbordarse las furiosas olas de los deseos insaciables y de todos los malos instintos. Ante esa tremenda tempestad, provocada y desencadenada por la torpe ignorancia ó la satánica malicia, la sabiduría de los filósofos se turba, y se desconciertan la ciencia y los cálculos de los políticos; y no encontrándose remedio ni recurso humano, por no levantar los ojos al cielo, se cae en criminal indiferencia, y la sociedad se cubre de luto; gime por lo presente y tiembla por el porvenir. ¿Cuándo y dónde se detendrá la tormenta? Dios lo sabe: solo en el cielo está escrito. Lo que nosotros sabemos es, que la desesperacion y el odio fuera del Catolicismo, conducen al crimen. Lo que sabemos es, que solo la doctrina y la caridad católica pueden detener el torrente. Que la religion se adelante con el signo de la redencion en una mano y la Sagrada Eucaristía en la otra; que plante aquel árbol de salud en medio de las masas, y las alimente con aquel pan divino; que les haga ver y conocer dónde está la felicidad, que no habita en este valle de miserias; que les haga comprender

cómo y por dónde se llega á ella, y que está más cerca del pobre que del rico; que haciendo esto diga, como Dios á las olas del mar: «Deteneos, no paseis de aquí.» La religion que, en la persona de Leon I, detuvo á las puertas de Roma al fiero Atila, que se llamaba el Azote de Dios, detendrá al pueblo engañado y precipitado por el génio del mal, que se cierne sobre nuestra sociedad, inficionándola con su infernal ponzoña. Solo la religion puede hacer renacer la esperanza y salvar al mundo. La cruz y la Eucaristía, con su sublime enseñanza de verdad y de amor; hé aquí el arco iris de la esperanza social.

Hombres todos, mirad ese arco, agrupaos á la sombra de ese árbol, alimentaos con ese fruto del amor divino. Él presenta la felicidad eterna en el cielo, y el medio de llegar á ella y de ser felices, cuanto es posible serlo en la tierra. Hombres que vivís en la privacion y en el dolor, uníos á Dios en la Comunión, y aprenderéis la ciencia del sacrificio, que convierte al hombre en héroe. Uníos á Dios, que quiso ser pobre y padecer, y encontrareis en vuestro estado, santificado por el Redentor, el principio de la virtud y la senda de la gloria. Oid cómo os dice: «Bienaventurados los pobres y los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos, donde eternamente serán consolados (1).» No busqueis tesoros en la tierra, porque son limitados y pasajeros, y se corrompen; y si dan placer al cuerpo, no dan nobleza al corazon: buscad el tesoro del cielo á donde os llama Dios (2). Hombres que vivís en la abundancia y en el poder, comulgad, y aprenderéis la ciencia de la caridad, que hace del rico el padre, la providencia y el consuelo

(1) Matth. V, 3, 5.

(2) Id. VI, 19.

del pobre. Unidos á Dios, que os lo da todo, y él mismo se os da por amor, aprendereis á daros y á dar por caridad lo que teneis. Oid que os dice: «Bienaventurado el que extiende y dirige su mirada sobre el necesitado y el pobre, en el día malo le libraré el Señor. Guárdele el Señor y déle vida, y hágale bienaventurado en la tierra, y no le deje caer en manos de sus enemigos (1).» Unidos á un Dios sacrificado por amor, aprendereis á sacrificaros por el hombre, que es imagen de Dios. Él os dirá: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer mi reino, porque me habeis alimentado, vestido y consolado en la persona del pobre (2).» Hombres todos, ricos y pobres, fuertes y débiles, poderosos y desvalidos, comulgad. Unidos á Dios, poseedores de Dios, que se da á todos, os sentireis unidos, y os amareis como hermanos, y os hareis mutuamente felices, cuanto es posible serlo en la tierra, y lo sereis despues todos en el cielo.

(1) Psalm. XL, 1. 2.

(2) Matth. XXV, 34, 40

OCTAVO SERMON.

El alejamiento de la Sagrada Eucaristia en unos, y el abuso en otros, causa de los males que nos aflijen.

Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi.

(Corinth. XI, 30.)

HEMOS estudiado, Señores, en los dias anteriores, las sublimes armonías de la Sagrada Eucaristía, memorial eterno de las divinas maravillas, prenda suprema del amor de Dios y compendio admirable de sus beneficios. No por haberse agotado la materia, que es inagotable como el Océano é infinita como el Dios de la misma Eucaristía, sino porque tocamos ya al fin de estos santos ejercicios, no es posible pasar más adelante en el descubrimiento de sus tesoros de santidad y pureza, de heroísmo y de virtud. Baste decir que todo en el mundo se refiere á la religion, todo en la religion se refiere á Jesucristo, todo en Jesucristo se refiere á la Eucaristía. Ella es, por lo mismo, la piedra preciosa y el tesoro de que habla el santo Evangelio, por el cual da cuanto tiene quien lo encuentra (1). La hemos considerado, Señores,

(1) Matth. XIII, 46.